

-Mi señor compañero, ¿hacéis esto adrede? Soy yo, Roldán, aquel que tanto os ama. Nunca me habéis retado.

-Ahora escucho bien vuestra voz -dice Oliveros-. Pero no os veo. ¡Plugiencia a Dios que os viese! Os he herido. Perdonadme.

-Ningún daño he recibido -responde Roldán-. Os perdono aquí y ante Dios.

A estas palabras se hacen reverencia el uno al otro. Y de este modo, con gran amor, se separaron.

CL

Oliveros siente que la muerte le acongoja. En la cabeza se le vuelven los ojos, pierde el oído y acaba por cegar. Echa pie a tierra, y en ella se tiende. En voz alta dice sus culpas, junta las manos, erguidas hacia el cielo, y ruega a Dios que le otorgue el Paraíso y que bendiga a Carlos, a la dulce Francia, y, sobre todos sus hombres, a Roldán su compañero. Le flaquea el corazón, rueda su yelmo; todo su cuerpo se allana contra la tierra. El conde ha muerto. No fue larga su morada. El valeroso Roldán le llora y plañe. Jamás oiréis sobre la tierra un hombre más dolorido.

CLI

Roldán ve que su amigo ha muerto, que yace con la faz contra la tierra, y, muy dulcemente, sobre él le dice el adiós:

-Señor compañero, ¡lástima de vuestro arrojito! Juntos fuimos días y años, y jamás me hiciste mal, jamás os lo hice. Cuando aquí te veo muerto, me es dolor vivir.

A estas palabras, el marqués desfallece sobre su caballo, que él llama Vigilante. Sus estribos de oro fino le mantienen erguido en la silla. No podrá caerse doquier se incline.

CLII

Antes que Roldán se recobrara, reanimara y repusiera de su desfallecimiento, un gran daño le sobrevino: muertos son ya los franceses. Todos los ha perdido, menos al arzobispo y a Gualterio de Ulmo. Gualterio ha bajado de los montes, y contra los de España ha combatido fuertemente. Quiera o no, huye hacia los valles, invoca a Roldán para que le ayude.

-¡Ah, conde gentil, hombre esforzado! ¿Dónde estás? ¡Nunca tuve miedo cuando tú estabas allí! Soy yo, Gualterio, el que conquistó a Monteagudo; yo, el sobrino de Droón, el viejo y canoso. Por mi proeza, tu me preferías entre tus caballeros. Rota está mi lanza y atravesado mi escudo, y mi cota desgarrada, hecha jirones. Voy a morir, pero me he vendido caro.

Estas últimas palabras Roldán las ha escuchado. Aguija su caballo, y viene hacia Gualterio con gran prisa.

CLIII

Roldán está lleno de dolor y de cólera. En lo más recio del acoso, comienza a pelear. Veinte derribó muertos de la gente de España; seis, Gualterio; cinco, el arzobispo. Los infieles dicen:

-¡Ah, los felones! ¡Guardad, caballeros, de no dejarlos vivos! ¡Traidor es el que no acuda a atacarlos, y cobarde el que los deje huir!

Y rompen en clamores y alaridos. De todas partes vuelven al asalto.

CLIV

El conde Roldán es un noble guerrero. Gualterio de Ulmo es un muy buen caballero. El arzobispo es un prohombre cabal. Ninguno de los tres quiere fallarle a los demás. En lo más duro del combate se arrojan sobre los infieles. Ponen pie a tierra mil sarracenos; a caballo son cuarenta mil. ¡Vedlos cómo no se atreven a acercarse! De lejos les arrojan lanzas y venablos, picas y flechas, dardos y jabalinas. A los primeros golpes han matado a Gualterio. A Turpín de Reims, le atraviesan el escudo, le rajan el yelmo y le hieren la cabeza. Rompen y destrozan su cota, traspasan su cuerpo con cuatro lanzadas. Matan bajo él, a su caballo. ¡Gran duelo cuando cae el arzobispo!

CLV

Cuando Turpín de Reims, el valiente, se ve derribado del caballo y traspasado el cuerpo por cuatro lanzadas, rauda se pone en pie. Busca con la mirada a Roldán, corre hacia él y sólo le dice una palabra:

-¡No estoy vencido! ¡Un valiente, mientras vive, no se rinde! Desenvaina a Almaza, su espada de bruñido acero, y en lo más recio de la pelea asesta mil golpes y más. No tardará Carlos en decir que no escatimó a persona alguna, porque hallará en torno al arzobispo a cuatrocientos sarracenos, heridos unos, otros atravesados de parte a parte, y otros con la cabeza trinchada.

Así lo cuenta la gesta. Así lo cuenta aquel que presencié la contienda, el barón Gil, a quien Dios hace milagros, y que antaño hizo la Carta en el monasterio de Laon. El que esto no sepa no lo puede entender.

CLVI

El conde Roldán se bate noblemente, pero su cuerpo está empapado de sudor quemante, y siente en la cabeza un gran dolor. Rotas están sus sienas de haber tañido el cuerno. Pero quiere saber si Carlos vendrá. Toma el olifante, y lo suena, pero débilmente. El emperador se detiene, escucha.

-¡Señores -dice-, la desgracia sobre nuestras cabezas! Roldán, mi sobrino, se nos va en este día. Por el tañido de su cuerno conozco que no vivirá mucho más. ¡Quien quiera juntársele que apresure su caballo! ¡Haced sonar vuestros clarines, todos los que haya en este ejército!

Sesenta mil clarines suenan, tan alto, que retumban los montes y responden los valles. Los infieles los escuchan y se guardarán de reír. Unos a otros se dicen:

-¡Muy pronto Carlos estará sobre nosotros!

CLVII

-¡Vuelve el emperador! -se dicen los infieles-. De los de Francia escuchad los clarines. Si Carlos vuelve, gran pérdida se nos llega. Si Roldán sobrevive, recomienza nuestra guerra; España, nuestra tierra, es perdida.

Cuatrocientos se rejuntan -con sus yelmos- de los que se estiman los mejores en batalla. Y emprenden contra Roldán un áspero y duro asalto. El conde tiene, por su parte, hartos trabajos.

CLVIII

El conde Roldán, cuando los ve venir, se hace más fuerte, más fiero, más ardoroso. El no cederá mientras viva. Monta en el caballo, que llaman Vigilante; le azuza con sus espuelas de oro fino, y se lanza en lo más recio de la lucha; va a arremeter contra todos. A su lado el arzobispo Turpín. Los infieles se dicen uno al otro:

-¡Amigo, retirémonos! De los de Francia hemos escuchado los olifantes. Vuelve Carlos, el poderoso rey.

CLIX

El conde Roldán nunca ha amado al cobarde, ni al orgulloso, ni al ruin, ni al caballero que no fuese buen guerrero. Así dice al arzobispo Turpín:

-Señor, estáis a pie, mientras yo estoy a caballo. Por amor vuestro me mantendré firme en este lugar, y juntos aguardaremos aquí lo bueno y lo malo. No os dejaría por hombre alguno hecho de carne. Devolveremos este asalto al infiel. Los golpes más certeros son los de Durandarte.

El arzobispo dice:

-¡Maldición para quien bien no luche! Carlos vuelve: él nos vengará.

CLX

Los infieles dicen:

-¡En mala hora nacimos! ¡Un día doloroso ha amanecido para todos nosotros! Perdimos a nuestros señores y a nuestros Pares. Vuelve Carlos, el esforzado, con su gran ejército. De los de Francia oímos los clarines sonar claro. Es grande el estruendo de su grito ¡Montjoie! El conde Roldán es de tan fiero arrojo, que ningún hombre hecho de carne le vencerá jamás. Lancemos contra él nuestras flechas y dejémosle el campo.

Contra él arrojan dardos y jabalinas sin número. Y lanzas y venablos de puntas emplumadas. Le parten, le agujerean el escudo, le rompen y destrozan la cota, pero a su cuerpo no le han llegado. Sin embargo, le han herido a Vigilante, de treinta heridas, y, bajo el conde, lo derriban muerto. Los infieles huyen; renuncian. El conde Roldán allí se ha quedado, pie a tierra sin caballo.

CLXI

Huyen los infieles con furia, iracundos; hacia España se apresuran, con gran afán. El conde Roldán no logra darles alcance. Ha perdido a Vigilante, su corcel. De grado o por fuerza allí ha quedado desmontado. Se acerca al arzobispo Turpín para prestarle ayuda. Le desata de la cabeza su yelmo exornado de oro, y le desembaraza de su blanca loriga ligera. Le toma el brial y lo corta todo; cubre sus anchas llagas con los paños. Le toma después en sus brazos y le estrecha contra su pecho. Sobre la verde hierba le recuesta suavemente. Y, con mucha dulzura, le ruega:

-¡Ah, gentil señor, dadme licencia! Ved muertos a tantos de nuestros compañeros que nos fueron tan caros. No debemos abandonarlos. Quiero ir a buscarlos y a reconocerlos, a juntarlos y ponerlos en fila ante vos.

-¡Id y volved! -contesta el arzobispo-. El campo queda por vos y por mí. ¡A Dios gracias!

CLXII

Roldán parte. Va a través del campo, solo. Busca por los valles, busca por los montes. Allí encuentra a Ivolin y después encuentra al gascón Engleros. Allí encuentra a Garín y Gerer su compañero, y después encuentra a Berenguer y Atón. Allí encuentra a Sansón y Anseis, y después encuentra a Gerardo el Viejo, de Rosellón. Uno por uno se los lleva, él, el valiente, y regresa con ellos, hacia el arzobispo. Ante sus rodillas los ha puesto en fila. El arzobispo llora; no puede contenerse. Levanta su mano y les da su bendición. Después dice:

-¡Lástima de vosotros, señores! ¡Que Dios, el glorioso, reciba todas vuestras almas! ¡En el Paraíso las ponga con las santas flores! A mi vez, cuánto me angustia la muerte. Yo no podré volver a ver al emperador, el potente.

CLXIII

Vase Roldán de nuevo a buscar por el campo. Encuentra a Oliveros, su compañero. Le aprieta contra su pecho, le abraza estrechamente. Como puede, retorna al arzobispo, y recuesta a Oliveros junto a los otros, sobre un escudo. El arzobispo les absuelve y les persigna por la señal de la cruz, y entonces se redobra el dolor y la piedad.

-¡Oliveros, hermoso compañero! -dice Roldán-. Vos que fuisteis hijo del duque Raniero, que dominaba en la marca del Val de Runer. ¡Para romper una lanza y romper escudos, para vencer y abatir a los orgullosos, para sostener y aconsejar a los probos, en ninguna tierra hubo mejor caballero!

CLXIV

El conde Roldán, cuando ve muertos a sus Pares y a Oliveros, que él amaba tanto, se enternece y rompe a llorar. Su rostro ha perdido la color. Tan grande es su duelo que no puede permanecer en pie. Quiera o no, cae en tierra desfallecido.

-Barón, ¡lástima de vos! -exclama el arzobispo.

CLXV

Cuando ve el arzobispo desfallecer a Roldán, sufre una pena, la más grande pena que ha sufrido nunca. Ha extendido la mano; ha tomado el olifante. Hay en Roncesvalles un agua que corre, y quiere ir allí, para darle de ella a Roldán. A pasos lentos se aleja, tambaleándose, pero está tan débil que no puede avanzar. Fuerzas no le quedan, tanta sangre ha perdido. En menos tiempo del que puede cruzarse una fanega de tierra, el corazón le falla, cae de bruces. La muerte le estrecha duramente.

CLXVI

Vuelve en sí de su desmayo el conde Roldán, y se endereza sobre sus pies, pero padece un gran sufrimiento. Mira hacia lo alto y mira hacia lo bajo. Sobre la hierba verde, junto a sus compañeros, ve tendido al noble barón, el arzobispo, de quien Dios hizo su enviado entre los hombres. El arzobispo dice sus culpas, y dirige sus ojos al cielo. Junta sus dos manos y las eleva rogando a Dios que le conceda el Paraíso. Muerto es el guerrero de Carlos. Por sus grandes batallas y por sus bellos sermones fue contra los infieles, toda su vida, su campeón. ¡Que Dios le otorgue su santa bendición!

CLXVII

El conde Roldán ve al arzobispo yacer en tierra. Le vio fuera del cuerpo las entrañas, y gotear el cerebro de su frente. Sobre el pecho, bien en su mitad, le ha cruzado las manos blancas y tan bellas. Sobre él comienza Roldán su plañido, según la ley de su tierra.

-¡Ah, gentil señor, caballero de buena solera, yo te encomiendo en esta hora al Glorioso del cielo! Nadie cumplirá nunca tan de buen grado su servicio. Jamás, después de los apóstoles, hubo tal profeta para sostener la ley y atraer a ella a los hombres. ¡Pueda vuestra alma no padecer privación alguna! ¡Que la puerta del Paraíso le sea abierta!

CLXVIII

Roldán siente que está próxima su muerte. Se le derrama por las orejas su cerebro. Ruega a Dios por sus Pares, para que Él los acoja. Después, por sí mismo, ruega al ángel Gabriel. Toma el olifante, para que nadie le haga un reproche, y con la otra mano empuña a Durandarte, su espada. Avanza algo más lejos que un tiro de ballesta, hacia España, por un barbecho. Sube a un altozano. Allí, bajo un hermoso árbol, hay cuatro gradas de mármol. Sobre la hierba verde se desploma boca arriba. Allí desfallece, porque la muerte se acerca.

CLXIX

Altos son los montes, altos los árboles. Hay allí cuatro gradas de mármol que brillan. Sobre la hierba verde, el conde Roldán ya desfallece. Le espía un moro que se finge muerto y yace entre los otros, mancillado su cuerpo y su rostro de sangre. Se pone en pie, y se acerca. Era bello y fuerte, y de gran valentía. En su orgullo comete la locura por la cual ha de morir. Se apodera de Roldán, de su cuerpo y de sus armas, y dice esta palabra:

-¡Está vencido el sobrino de Carlos! ¡He de llevarme a la Arabia esta espada!

Pero al arrastrarlo, el conde Roldán recobra levemente los sentidos.

CLXX

Siente Roldán que le toman su espada. Abre los ojos y dice estas palabras:

-¡Que yo sepa, tú no eres de los nuestros!

Y mantiene asido el olifante que no quiso perder, y con él hiere al moro sobre el yelmo gemado, guarecido de oro. Le rompe el acero, y el cráneo y los huesos; le hace saltar de la cara los dos ojos, y ante sus pies lo derriba muerto. Después le dice:

-Infel, hijo de siervo, ¿cómo fuiste tan osado para apoderarte de mí, a tuerto o a derecho? ¡Todo el que lo sepa ha de tenerte por un loco! He aquí hendido el pabellón de mi olifante; y caído el oro y el cristal.

CLXXI

Siente Roldán que su vista se enturbia. Se yergue y se esfuerza tanto como puede. Su rostro ha perdido la color. Hay ante él una piedra bruna; diez veces la hiere, lleno de rencor y de dolor. Restalla el acero, pero no se rompe ni se mella.

-¡Ah! -dice el conde-. ¡Ven en mi ayuda, Santa María! ¡Ah, Durandarte, la buena Durandarte, qué pena siento por vos! ¡Cuando yo muera, no podréis ya estar bajo mi guarda! ¡Cuántas batallas he ganado en el campo raso por vos! ¡Anchas tierras he domeñado para Carlos, el de la barba encanecida! ¡No vendréis a manos de hombre que pueda huir delante de otro! Un buen vasallo os poseyó largo tiempo: nunca habrá otra parecida en Francia, la santa.

CLXXII

Roldán golpea las piedras de sardónice. Restalla el acero, pero no se mella ni se rompe. Cuando él ve que no puede romperla, dentro de sí la compadece:

-¡Ah, Durandarte, qué bella eres; qué clara y bruñida! ¡Cómo brillas y fulguras al sol! Estaba Carlos en los valles de Moriana, cuando desde el cielo Dios le ordenó por un ángel que te donase a uno de sus condes capitanes. Entonces el rey gentil, el Magno, me ciñó la espada. Por ella le conquisté Anjou y la Bretaña. Por ella le he conquistado Maine y Poitou. Yo le conquisté Normandía, la franca. Yo le conquisté Provenza y Aquitania, Lombardía y toda la Romania. Le conquisté la Baviera y todo Flandes, Borgoña y Polonia enteras. Constantinopla, donde él ya había recibido el homenaje, y Sajonia, donde él hace lo que quiere. Por ella conquisté Escocia y la Inglaterra, su cámara, como él la llamaba. Por ella he conquistado tantas y tantas comarcas como posee Carlos, el de la barba blanca. ¡Por esta espada sufro gran cuita y dolor! ¡Antes morir que dejarla a los infieles! ¡Dios, nuestro Padre, no consintáis que Francia padezca tal afrenta!

CLXXIII

Golpea Roldán contra un negro peñasco, y lo hiende hasta el punto que yo no sé deciros. La espada ni se mella ni se rompe, sino que rebota hacia el cielo. Cuando ve el conde que no la podrá romper, muy dulcemente la compadece dentro de sí.

¡Ah, Durandarte, qué bella y santa eres! Tu pomo de oro está lleno de reliquias. Hay un diente de San Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de mi señor San Dionisio y un trozo de túnica de Santa María. No es justo que te posean los infieles: sólo a cristianos debes servir. ¡Ojalá nunca vengas a manos de un cobarde! ¡Por tí, cuántas extensas tierras habré conquistado, que hoy posee Carlos el de la barba florida! El emperador es rico y poderoso.

CLXXIV

Siente Roldán que la muerte lo va tomando todo. De su cabeza le va bajando hasta su corazón. Corre a ponerse bajo un pino; se tiende sobre la verde hierba, su rostro contra la tierra. Bajo él pone su espada y su olifante. Ha vuelto su rostro hacia el lado de la gente infiel: así lo ha hecho porque quiere que Carlos diga, y todos los suyos, que ha muerto vencedor, él, el conde gentil. Con débiles y repetidos golpes de pecho, carga sus culpas. Por sus pecados, tiende hacia Dios el guante.

CLXXV

Siente Roldán que su tiempo es acabado. Está tendido sobre una escarpada colina, vuelto el rostro hacia España. Con una de sus manos se golpea el pecho:

-¡Dios! -dice-. Por tu gracia, *mea culpa*, por mis pecados grandes y pequeños que cometí desde la hora en que nací hasta este día en que me ves aquí abatido.

Y tiende hacia Dios su guante derecho. Los ángeles del cielo descienden hasta él.

CLXXVI

El conde Roldán se acostó bajo un pino. Hacia España tiene vuelto su rostro. De muchas cosas le vienen los recuerdos: de las tierras que ha conquistado él, el valeroso; de la dulce Francia; de los hombres de su linaje; de Carlomagno, su señor, que le ha sustentado. Por todo llora y suspira, sin poder impedirlo. Y, no dejándose en el olvido, reconoce sus culpas y pide a Dios perdón.

-¡Padre verdadero, que jamás has mentido: Tú, que recobraste a Lázaro de entre los muertos; Tú, que salvaste a Daniel de los leones, salva mi alma de todos los peligros, por los pecados que cometí durante mi vida!

Ha ofrecido a Dios su guante derecho. San Gabriel lo ha tomado de su mano. Sobre su brazo ha inclinado la cabeza, y avanza, juntas las manos, hacia su fin. Dios le envía su ángel Querubín y a San Miguel del Peligro. Con ellos se acerca San Gabriel. Entre todos conducen el alma del conde al Paraíso.

CLXXVII

Roldán ha muerto. Dios tiene su alma en los cielos. El emperador llega a Roncesvalles. No hay allí ruta ni sendero, ni una vara, ni un pie de terreno libre, donde no yazga un francés o un infiel. Carlos exclama:

-¿Dónde estáis, sobrino hermoso? ¿Dónde el arzobispo? ¿Dónde el conde Oliveros? ¿Dónde está

Garín, y Gerer, su compañero? ¿Dónde Atón y el conde Berenguer? ¿Dónde Marfil e Ivolin a quien yo tanto quería? ¿Qué ha sido del gascón Engleros? ¿Y el duque Sansón? ¿Y el esforzado Anseis? ¿Dónde está Gerardo de Rosellón, el Viejo? ¿Dónde están los doce Parcs que aquí había yo dejado?

¿De qué sirve que los llame, si ni uno de ellos puede responder?

-¡Dios! -dice el rey-. ¡Buenas razones tengo para estar desolado! ¿Por qué no estuve aquí al empezar la batalla?

Y se tira de las barbas, como hombre lleno de ira. Lloran sus caballeros barones. Contra la tierra veinte mil desfallecen. Por ellos el duque Naimón siente gran piedad.

CLXXVIII

No hay barón ni caballero que de piedad no lllore dolorosamente. Lloran a sus hijos, a sus hermanos, a sus sobrinos y amigos y a sus señores feudales. Contra la tierra muchos ya desfallecieron. El duque Naimón fue el primero que, como hombre sabio, dijo al emperador:

-Mirad hacia adelante, a dos leguas de nosotros. Veréis por los anchos caminos levantarse gran polvareda; tan ingente es la hueste sarracena. Así, pues, cabalgad. ¡Vengad tanto dolor!

-¡Ah, Dios! -dice Carlos-. ¡Están ya tan lejos! Aconsejadme según el derecho y el honor. ¡Es la flor de la dulce Francia lo que me han arrebatado!

Y llama a Atón y a Gebuino, a Tibaldo de Reims y al conde Milón:

-Guardad el campo de batalla, por montes y valles. Dejad a los muertos como están. ¡Que ni bestia ni león los toque! ¡Que no los toque escudero ni criado! ¡Que nadie los toque, yo os lo mando, hasta que Dios nos conceda volver a este campo!

Y ellos responden dulcemente, en su amor:

-¡Justo emperador, señor amado, así lo haremos!

Y allí quedan con ellos mil de sus soldados.

CLXXIX

El emperador hace sonar los clarines. Después cabalga él, el valeroso, con su gran ejército. Han obligado a los de España a volver las espaldas, y siguen el rastro con un mismo corazón todos juntos. Cuando el emperador ha visto declinar la tarde, desmonta sobre la verde hierba, en un prado. Se prosterna en tierra y ruega al Señor Dios que por él el sol se detenga, que se retarde la noche y que se alargue el día. Se le acerca un ángel -aquel que acostumbra a hablarle-. Presto le da este mandamiento:

-Carlos, cabalga. No te ha de faltar la claridad. Es la flor de Francia lo que tú has perdido, y Dios lo sabe. Podrás vengarte de la turba criminal.

Así dice, y el emperador monta a caballo.